Pedro y el chimpancé (Autoguardado)

Jesús Revuelta Fernández

Image not found.

Capítulo 1

Pedro se dirigía, ensimismado como de costumbre, hacia la casa de su novia Laura. Al doblar la esquina de la calle San Joaquín, giró la cabeza, en un fingido intento por parecer casual, para obtener un atisbo de sí mismo en el escaparate de la Droguería.

El corazón le dio un vuelco. El espejo le había devuelto la imagen de un chimpancé! El chimpancé —eso le pareció al menos— le había dedicado una sonrisa.

No se reconocía en ella.

Apartó la mirada un instante. Volvería a intentarlo. Esta vez se adelantaría al impostor.

Desplegó un amplio repertorio de muecas, contorsiones y gestos.

El chimpancé se las devolvió, —todo sea dicho—, con precisión milimétrica.

Pedro se jactaba de ser un tipo duro, ¡pero esto era demasiado! Durante un instante sintió la perentoria necesidad de lanzar un alarido descomunal destinado a comunicarle su desaprobación y su descontento al universo; la necesidad, igualmente perentoria, de castigar la insolencia del espejo reduciéndolo a polvo de vidrio.

Afortunadamente, en el último instante se impuso la cordura, que le sugería que todo debía tener una explicación racional.

--"Veamos: No he probado el cannabis ni las setas en mi vida... Deben haberme sentado mal las lentejas con chorizo del desayuno...No... Tiene... Sentido... ¿Pero qué estoy pensando? ¡Es ridículo... ¿Encantamiento?... No recuerdo deber dinero a nadie..."

Una voz interior tan oportuna como la voz de una madre le indicó que todo podía haber sido peor; podía haberse convertido en una odiosa cucaracha cuyo crujido al pisarse provoca asco. Recordó que eso era precisamente lo que le había ocurrido a un personaje de Kafka, y se consoló pensando que compartía el 97% de su material genético con el chimpancé. Había retrocedido involutivamente un período de 3,5 millones de años —algo inexplicable desde un punto de vista científico. ¿Qué debía hacer? ¿Evolucionar esos 3,5 millones de años en el tiempo de vida que le quedaba? ¿Sería capaz? Se lo sabía de memoria: Adopción de postura bípeda, aumento del volumen, capacidad, y número de circunvoluciones del córtex cerebral, oposición del pulgar a los otros dedos, uso de

herramientas.

Se sintió abrumado.

No obstante, su código evitaba meticulosamente el término "rendición", así que intentó recomponerse. —"En la vida todo tiene solución" —se repitió mecánicamente. Caminaría, como las adolescentes que sueñan con convertirse en modelo, con un libro sobre la cabeza para corregir su postura, se hincharía a crucigramas y sudokus, diría a todo que sí—con el pulgar hacia arriba—, seguiría un curso de bricolaje por correspondencia.

¿Y Laura? ¿Cómo presentarse en su casa de esa guisa? No podía faltar a la cita. Las mujeres odian ser plantadas. Para empeorar las cosas, dudaba mucho que Josefina aceptara su metamorfosis como eximente. Laura, directa y pragmática como pocas, le preguntaría —"¿Para qué has tenido que convertirte en chimpancé? ¿No teníamos ya bastantes problemas? ¡Qué egoísta eres!" etc, etc, frases que, aun no exentas de razón, acabarían por desmoronar su ya frágil moral. No es que Pedro se quejara del concepto en que le tenía Laura. Laura siempre presumía de novio a las amigas; ---siempre les decía, orgullosa, que Pedro era muy "mono", o que "tenía mono de verle". Claro que no todo en su relación era de color de rosa, y en ocasiones ella le espetaba que se la pelara más que un "mono".

Ahora ciertamente no se sentía investido de la autoridad moral suficiente para rebatir sus palabras.

La mente de Pedro semejaba un tribunal atestado de público, morboso y ávido de emociones malsanas, donde fiscal y abogado defensor presentaban acaloradamente sus argumentaciones.

ABOGADO DEFENSOR: Señores del Jurado, la reputación de Laura no será menoscabada por frecuentar la compañía de un chimpancé; hoy en día se ve de todo y nadie se asusta de nada – y ella es un chica con personalidad.

FISCAL: Señoría, Laura tiene alergia a los ácaros. Le salen unos ronchones horribles, y es muy coqueta. Además, mírenles: Él, un chimpancé, ella una beldad. Imposible, no funcionará.

ABOGADO DEFENSOR: Señoría, mi cliente está dispuesto a invertir una buena suma en sesiones depilatorias periódicas, así como en manicura y pedicura...

FISCAL: Le recuerdo a mi colega que las relaciones zoofílicas están penadas por la ley de Dios y de los hombres...

En este punto Pedro decidió prescindir mentalmente de los servicios de su abogado, pues comprendió, en lo más hondo de su corazón, que esta vez no compartiría el problema con Laura. No tenía derecho a hacerle eso. Esta vez estaba solo en esto. No volvería a ver a Laura hasta resolver este entuerto.

Si es que lograba hacerlo.

Abatido, encaminó sus pasos hacia el calor del hogar. Sintió una tristeza inmensa por su madre, por la pena y el dolor que sentiría al ver a su hijo hecho un chimpancé. Ella tenía otros sueños para él. Por otra parte, su madre no era muy animalera. Acabaría hartándose de que la ropa que lavaba y planchaba con tanto esmero acabara perdida de pelos negros y recios como los de un cepillo.

Así las cosas, entró en una tienda de animales a comprar un collar antiparasitario. Tendría que hacerlo, más tarde o más temprano. Si no, su madre se pondría de muy malas pulgas.

Hizo un gesto físico ostensible con el brazo, como queriendo apartar de sí sentimientos de autoconmiseración. Era algo nuevo para él. Siempre había sido extremadamente estricto consigo mismo. Sin embargo, esto era diferente —se concedió con indulgencia. Su futuro era poco halagüeño. En el mejor de los casos, le esperaba algún circo de segunda o el zoo; peor aún, ser conectado a una maraña interminable de cables y electrodos en nombre del manido “progreso” humano, actividades, todas ellas, por las que no cotizaría ni percibiría emolumento alguno.

Ahogó una náusea. Una ansiedad indescriptible le llevó a sudar profusamente. Y por vez primera desde su metamorfosis, se permitió una pataleta infantil: ¡No quería ser un chimpancé! ¿Acaso le habían preguntado a él?

Nadie le culparía —pensó— si recurriera al alcohol. ¿No era lo protocolario en estos casos?

No pudo evitar que la figura —más antropomórfica que simiesca— de una etiqueta de anís “El Mono” se le colara, intrusa, por entre algún resquicio indefenso de su mente, y él negó con la cabeza al tiempo que fruncía el ceño y esbozaba una mueca de desdén. Ciertamente, el vodka era más eficaz como ahoga penas. Cualesquiera su elección, —reflexionó— no podría evitar que el posadero le sirviera cacahuètes a modo de aperitivo. Con una sonrisa de oreja a oreja. Por no hablar de que luego tendría que “dormir la mona”. Muy probablemente, entre rejas, por haber soltado un sopapo al posadero.

Ciertamente, no parecían quedarle muchas salidas.

Había oído hablar de una colonia de monos en Gibraltar. Ser un chimpancé en una colonia de monos constituía una ventaja evolutiva. Algo así como el tuerto en el país de los ciegos. Tentador.

Pero no, él era un patriota. No estaba dispuesto a hacerles el juego a esos británicos.

Quedaba el regreso a la Madre África, de la que proveníamos todos. África siempre acoge a sus hijos, por muy pródigos que sean. Allí podría empezar de nuevo, ser uno más. Haría buenas migas con los de su especie. Y con su inteligencia, pronto se convertiría en su líder, les enseñaría trucos que acelerarían su evolución en millones de años. Lo había visto en una película. *El planeta de los simios*. Podía cambiar el curso de la historia, aunque se tratara de historia animal. Los etólogos se pelearían por estudiar su comportamiento en su propio ambiente. Tratarían sus excrementos como pepitas de oro. Él les permitiría —haciéndose de nuevas, a modo de deferencia— que le enseñaran lenguajes de signos y le propusieran problemas, cuya resolución premiarían, a buen seguro, con una banana. El viejo truco del castigo-recompensa. Él les contestaría —en el lenguaje de signos que le habían enseñado— que prefería el plátano de Canarias.

¿Cómo llegaría hasta allí?

Trepar la valla que separa Melilla de Marruecos no supondría un problema, no iban a enseñarle a trepar vallas ahora que era un chimpancé; luego se descolgaría del lado marroquí. Evitaría las horas punta. Por otro lado, los atascos se formaban en sentido inverso, para pasar a España.

Otra posibilidad sería hacerse con una patera, —o en su defecto, un velomar— y recorrer la costa Occidental Africana, rumbo sur, hasta llegar a la latitud de las selvas del Congo.

Le quedaba un buen trecho.

Inmerso en su mundo interior, no había advertido que había llegado a su bloque de viviendas. Decidió trepar por el canalillo del desagüe de la fachada. La noche era oscura como boca de lobo: su pelaje negro haría el resto. Era poco probable que le avistaran. No se sentía con la fuerza moral de responder a las preguntas de sus inquisitivos y curiosos vecinos.

Entró por la ventana, que, gracias a su propio descuido, había quedado entreabierta.

Con un poco de suerte, su madre se habría quedado dormida en el sofá.

Pero no, le esperaba despierta, de pié, en el salón.

Olía a tortilla de patata.

Lloraba.

—“Lo siento, mamá...”

—“¿A qué te refieres? He estado cortando cebollas...”

Tenía un vaso de agua en una mano, y unas píldoras en la otra. Le reprendió con dulzura.

—“Anda, hijo, tómate las pastillas... Llevas tres días sin hacerlo...”

A regañadientes, Pedro obedeció, dio un beso de buenas noches a su madre y se metió en el catre. Mañana sería otro día.